

PAGINA PARA - MEDICA

El Alcohol, la Mujer y el Niño

Por el Dr. Pedro VALLINA

II

El caso que voy a referir a continuación es muy típico y puede manifestar los efectos negativos del alcohol sobre un organismo tan delicado como el de un niño.

Se presentó un día en mi Consultorio de Siruela (Badajoz) una mujer acompañada de su hijo un niño de cinco años que había hecho un penoso viaje de Ciudad Real para venir en busca.

El niño presentaba un aspecto enfermizo con la cara chupada, terrosa, vientre abultado y piernas delgadas. Parecía un niño enano.

En examen detenido me puso en la pista de una enfermedad hepática. Este estaba atrofiado y endurecido, el bazo, en su sitio, abultado; el vientre con un turgencia y circulación colateral manifiesta. Es evidente que se trataba de una cirrosis del hígado, pero no estaba cierto de la causa que la había producido. Pensé en el paludismo, en la malaria, en la insuficiencia del corazón, en la tuberculosis; pero, como se me ocurrió, dada la edad del niño, descubrir la verdadera causa.

No se vaya usted tan de prisa, que no acierto hoy a descubrir la enfermedad de su hijo.

¿Cómo es eso, cuando me han dicho que usted sabe mucho?

Le han engañado a usted o han dado una broma —le digo por toda contestación.

En todo caso, insistió, manifiestándome alguna medicina; me arrojé hoy y volveré otro día con más tiempo.

Por fin pude convencer a la madre de aguardar un poco, pues es absurdo recetar a ciegas. Aquel día tuve mucho trabajo para reflexionar con calma sobre el caso del niño, pero en el transcurso del día siguiente desahogado en el lecho, me dije: "¿cómo no se me ocurrió investigar a la señora sobre un puntito tan esencial que quizá dé la clave del enigma?"

Inquieto por la idea que me saltaba, hice pasar la primera vez al consultorio a la mujer de nuevo, y a quemarropa le hice la siguiente pregunta:

—¿Este niño bebe vino?

—Con vino lo desteté, contestó la mujer, y vino sigue bebiendo aunque en poca cantidad, todos los días. Su abuelo tiene una de las mejores bodegas del pueblo, donde se expendían los mejores vinos manchegos. Todas las tardes el abuelo y sus amigos se reúnen en la bodega y beben a saturación; y entre los comensales se encuentra el nietecito, el cual bebe su vasito y brinda por la salud de los concurrentes, que ríen a carcajadas la gracia del niño.

Aquella tarde llegó el abuelo, inquieto por la tardanza de su nietecito, un viejo obeso y rojo por el abuso del alcohol, quien confirmó lo dicho por la madre.

No había la menor duda que el pobre niño padecía una cirrosis alcohólica, enfermedad poco común en la infancia, pero frecuente en los hombres, y alguna vez que otra en la mujer, sobre todo después de la primera guerra mundial que se desarrolló el vicio de las bebidas alcohólicas en el bello sexo.

La enfermedad a que me refiero del niño de Agudo no es un caso raro, pues he leído en la literatura médica casos parecidos en Normandía, Flandes, Inglaterra y en ciertas regiones de Alemania.

Para evitar la cirrosis alcohólica en los niños hay un medio muy sencillo; no darles el alcohol sino con un fin terapéutico, y entonces no prescribir más de cinco gramos de aguardiente por año de edad, y no prolongar su uso, como hemos observado en algunas familias repitiendo la receta, pues hay peligro de los peores efectos en el estómago y el hígado.

El enfermito de referencia curó después de largo tratamiento.

LABORATORIO CLINICO ENRIQUE SOLERA
200 vs. Norte del Mercado ALAJUELA

"El tema del Fausto es inagotable".

Johann Wolfgang Goethe

"Platón es la juventud de Sócrates"

Oscar Wilde

Entre los 50 y los 60, o sea, en la juventud de la vejez, es decir — y eso es lo peor — a la edad mía, el varón suele sentir de modo imperioso, no el afán de vivir más tiempo — que implicaría el envejecer — sino el de frenar su carrera, volver atrás. Lejos de dilatar su existencia, el doctor Fausto, quiere detenerla. No pide a Mefistófeles 30 años más, sino, muy al contrario, 50 años menos. No es la muerte, es la vejez lo que le arredra. Fausto quiere merecer... poder... poseer a Margarita; pero no la quiere vieja. El viejo Homero canta a un Ulises de retorno que, rejuvenecido por el contacto con Nausicaa, vuelve joven para merecer una Penélope remozada. Tal es la forma más intensamente humana del anhelo de eternidad. Si mal no recuerdo, la leyenda del Fausto, tratada por Marlowe, por Lessing, Lenau, Krüger y, sobre todo, por Goethe, se basa en un personaje real, cuya primera tentativa habría sido resucitar a Helena de Troya. No aspira a ganar tiempo, sino a deshacer — como la tela de Penélope — el camino andado. Como toda sed, la de juventud se experimenta cuando ésta falta y — cual si la juventud fuera algo contagioso — se traduce en la búsqueda de compañías juveniles. Pero ¿cuál es el verdadero mecanismo de ese remozamiento que los viejos tratan de adquirir en contacto con la mocedad? ¿Que sea por las aguas de la fuente de Juvencia, por las mantecas de un niño — como en el crimen de Gador — por los extractos de Brown-Sequard o de Steinach, los injertos de Voronoff, el método de Bogomoletz o la jalea real, el viejo no busca, precisamente, la desaparición de sus canas, arrugas y alfileres; lo que ansía es la gallardía del macho joven, el vigor juvenil del sexo. No es, por tanto, a rejuvenecer, sino a reverdecer a lo que tiende. Y si acaso Satán le da a elegir entre la lozanía de la mocedad o la pujanza genésica con pliegues, papada y pelo blanco, optará sin vacilar un instante por esto último.

Entre los 50 y los 60, o sea, en la juventud de la vejez, es decir — y eso es lo peor — a la edad mía, el varón suele sentir de modo imperioso, no el afán de vivir más tiempo — que implicaría el envejecer — sino el de frenar su carrera, volver atrás. Lejos de dilatar su existencia, el doctor Fausto, quiere detenerla. No pide a Mefistófeles 30 años más, sino, muy al contrario, 50 años menos. No es la muerte, es la vejez lo que le arredra. Fausto quiere merecer... poder... poseer a Margarita; pero no la quiere vieja. El viejo Homero canta a un Ulises de retorno que, rejuvenecido por el contacto con Nausicaa, vuelve joven para merecer una Penélope remozada. Tal es la forma más intensamente humana del anhelo de eternidad. Si mal no recuerdo, la leyenda del Fausto, tratada por Marlowe, por Lessing, Lenau, Krüger y, sobre todo, por Goethe, se basa en un personaje real, cuya primera tentativa habría sido resucitar a Helena de Troya. No aspira a ganar tiempo, sino a deshacer — como la tela de Penélope — el camino andado. Como toda sed, la de juventud se experimenta cuando ésta falta y — cual si la juventud fuera algo contagioso — se traduce en la búsqueda de compañías juveniles. Pero ¿cuál es el verdadero mecanismo de ese remozamiento que los viejos tratan de adquirir en contacto con la mocedad? ¿Que sea por las aguas de la fuente de Juvencia, por las mantecas de un niño — como en el crimen de Gador — por los extractos de Brown-Sequard o de Steinach, los injertos de Voronoff, el método de Bogomoletz o la jalea real, el viejo no busca, precisamente, la desaparición de sus canas, arrugas y alfileres; lo que ansía es la gallardía del macho joven, el vigor juvenil del sexo. No es, por tanto, a rejuvenecer, sino a reverdecer a lo que tiende. Y si acaso Satán le da a elegir entre la lozanía de la mocedad o la pujanza genésica con pliegues, papada y pelo blanco, optará sin vacilar un instante por esto último.

Pero si a uno de mi edad le acaece lo mismo que al doctor Fausto, o si — en un puente — se topa arrobado con la hija de un Folco Portinari, no faltará aguas para que le moteje de viejo verde, decadente y corruptor de menores. Y ¿por qué? Porque Beatriz o Margarita son mucho más jóvenes que uno; y el agua, fiestas dice así porque en el fondo, Beatriz y Margarita le gustan a rabiar. Lo natural sería que celaran los muchachos; pero siempre son los viejos los que lo hacen, pues nadie defiende con mayor tesón la virtud de las niñas, como el sesudo varón enamorado hasta las cachas de todas ellas. Nadie como el varón que las desea con delirio, sea el viejo rijoso que cifre en una de ellas su adiós a la vida y al eterno femenino, el que ya pasó de "nel mezzo del camin di nostra vita", o su propio padre, más o menos calderoniano. "Ya que no mía, muy chulo tiene que ser el que se la lleve". Y no está del todo mal, pues de ello deriva una tutelar selección.

La niña de 15 abril es demasiado verde como objeto amoroso. Su encanto dimana de la promesa que en capullo encierra: un fruto que, tres años después estará en plena sazón. ¡Al diantre con los aguafiestas! A los 18 años, es todo lo mujer que pueda ser. Más tarde será más arrugada, más gorda, más habladora o más codiciosa; pero en modo alguno más mujer, y si, en todo caso, menos femenina. Según el modo de ver la paja en el ojo ajeno que caracteriza al aguafiestas, si yo tuviera la malhadada idea de poner los puntos a una hembra, ésta debería de ser cinco años más joven que yo, o sea de unos 35 años. ¡Que te crees tú eso! No será a mis años cuando yo cambie de gusto, máxime tras una larga experiencia que me ha demostrado no tenerlo tan malo. ¿Quién va a ser el idiota que pierda diez minutos por una menopáusica, mientras haya pollazos de 18, aunque no sea más que para recrear la vista en ellos? En ellas, quise decir pasándome a la torera la

concordancia. Porque... mucho cuidado con el dintel de la madurez, tan peligrosamente desviado como la fase puberal. Pues el mismo hecho de que el hombre maduro trate de reverdecer con el contacto con los jóvenes, es ambiguo. El viejo rey David hace sus ensayos con Jonatán antes de buscar el calor juvenil de Abisag, la Sunamita.

A propósito, Mi gran amigo y colega el doctor alemán Pius Cöcke bautizó con los sugestivos nombres de *lactancia geriátrica* y *sunamitismo* a DOS de las modalidades más severas del complejo fáustico. Ejemplo clásico de la primera es el caso de Clémón, módico esclavo griego, condenado a perecer de hambre en su ergástula de Roma. Sus carceleros toleraron durante largos meses, que su hija Peróna le acompañase a diario varias horas, para amamantarle con disimulo bajo su túnica. Los jueces debieron ver un mágico presagio en tan tenaz supervivencia, y le indultaron.

Hay otros ejemplos de lactancia geriátrica, no ya de fuerza mayor, como el de Clémón y Peróna, sino de otros tantos casos significativos de la singular preferencia demostrada por otros vejete para con las jóvenes nodrizas. Francisco I de Francia mamó de una linda vasquita de 15 años, y Fray Bartolomé de las Casas fue nutrido en su vejez por dos o tres nodrizas indias. No quisiera ser maldiciente ni macular la reputación de tan ilustres varones. Y prosigo.

En cierta aldea holandesa, creo que cerca de Groninguen, había hace un par de siglos un posadero a cuyas dos hijas se llamaban *das vierpannen*, o sea las *canecas*, que es como se dice en castellano a la botella de barro vidriado que sirve para calentar la cama. Y era porque su padre acostumbraba hacerles templan con sus cuerpos jóvenes los lechos destinados a huéspedes de calidad. Lo que ya no sabría decir es si luego se quedaban, como las verdaderas canecas, en ellos, o si se iban a dormir en sus camas de doncella.

No precisa decir que la voz *sunamitismo* fue empleada por Cöcke en recuerdo de la bella niña Abisag, del poblado de Sunam. Viejo y frío el rey David, tras haber retozado con los centenares de esposas y concubinas que le atribuye la Biblia, sus médicos afirmaron que sólo una virgen menor podría aportar el calor que faltaba, y no sólo a la cama, como las canecas, sino al mismo cuerpo de su augusto

ocupante. Mas en este caso, como en casi todos los análogos, ni el mismo Satán hace milagros, y el viejo verde suele contentarse con hacer el ridículo gloriosamente en inútiles tentativas.

Además del gran público de aficionados que el teatro de la Opera, de París, acoge en los grandes fastos, tiene un público especial, generalmente formado por viejos verdes más o menos ilustres. Son los que tienen acceso al cuerpo de *ballet*. Les mueve el pedagógico interés en observar los progresos de las *rats d'opera* (1), las bailarinas impúberes, que luego serán las grandes estrellas de la danza.

En el verano de 1918, actuó en San Sebastián, que es mi pueblo, la compañía de *ballet* del antiguo Teatro Imperial de Petrogrado. El gran Arturo Rubinstein estaba locamente enamorado de la primera bailarina, la Katchouva, y a mí me sucedía algo análogo con la segunda, Kitty Galanta, que hoy — si vive — dirige el cuerpo de *ballet* del teatro Colón, de Buenos Aires. Cierto día, tras un almuerzo íntimo en villa Bi, se habló del asunto de las *rats d'opera* y de sus celosos animadores. Según ellas, lo que menos importaba a estos viejos salaces era el *ballet*, pues todo su interés solía concentrarse en forma indubitable en los muslos y en los pechos incipientes de las niñas. Este tipo de admirador es el que, provisto de Kodak y prismáticos, con los bolsillos atiborrados de bombones y de *chewing-gum*, suele verse habitual-

mente en las playas, piscinas y canchas de *basket-ball*.

Los sofistas griegos atribuían su notable longevidad al roce constante con sus jóvenes discípulos. Tratándose de griegos y sobre este particular nada creo que pueda sorprendernos. Más que un mágico fluido rejuvenecedor, no sería un verdeicante que la mocedad comunicara a los exhaustos sentidos de aquellos venerables retoces? Que no siempre es la vocación magistral lo que lleva a ciertos varones a profesar la enseñanza, las bellas artes, el deporte y otras actividades educativas. Ni suelen siempre saber qué es lo que realmente les lleva a frecuentar la juventud. Pocos de los que cursaron en liceos y facultades serán los que no recuerden a cierto señor que siempre andaba entre estudiantes. Solía ser hombre de cierto relieve, ora un lord o un pintor exótico, un gran duque ruso, un diplomático... Tenía el tacto suficiente para imponer su presencia. Era simpático y generoso. Solía hacernos fotos, a veces sin previo aviso, y nos invitaba a comer mani o churrros, o a ir al cine. Se interesaba apasionadamente por los juegos — fútbol, natación, remo, atletismo — y seguía de cerca nuestros progresos en las marcas, y sobre todo, en el desarrollo de nuestros deltoides, cuádriceps y demás relieves. Las viejas le consideraban con simpatía: "¡pobrecito, nunca tuvo hijos!" o "¡tuvo uno y lo perdió en la guerra!". Pasaba el tiempo, hasta que un buen día nos enteráramos de que era un mariconazo de siete suelas. Tal campanada no perdonó — muchos lo recuerdan — ni siquiera a un famosísimo campeón mundial de tenis.

La historia está llena de ejemplos de sunamitismo propiamente dicho. Reinas y favoritas reales emplearon este medio para reanimar el vigor de sus augustos amantes con el concurso de lindas jovencitas. Y es que, en el fondo, tenemos que dar la razón a Thais, "la cortesana de Alejandría", cuando al final, y con motivo del monje Pafnucio, exclama: "¡ah! ¡les hommes! Ce sont tous des cochons." (2)

Manuel de Gabarain
San Isidro de El General
(1) Ratas de ópera, o sea, alumnas del cuerpo de baile.
(2) "¡ah! ¡los hombres! Todos son unos chanchos."

Sastrería Jesús López

ALAJUELA

TIENDA COVADONGA NOVEDADES ENCAJES Y BOTONES

Frente al Palacio de Justicia

EL LACTOGENO

Leche en polvo modificada para la alimentación normal del lactante, está ahora enriquecida con vitaminas A y D, y con hierro orgánico en cantidades suficientes para cubrir las necesidades normales del niño.

ANÁLISIS DEL "LACTÓGENO"

	En polvo	Disuelto en 7 partes de agua
Grasa	24.2%	3.0%
Proteínas	16.9%	2.1%
Lactosa	53.1%	6.6%
Sales minerales	3.6%	0.4%
Agua	2.2%	87.9%
Calorías por 100 g	512	64

Cada 100 g de "Lactógeno" están reforzados con

	En polvo	Disuelto en 7 partes de agua
Vitamina A	1500 U.I.	187 U.I.
Vitamina D	322 U.I.	40 U.I.
Hierro orgánico	5.3 mg	0.73 mg



Miguel Franco Lenis

Apartado 1251 - SAN JOSE - Teléfono 1896

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO:

PRODUCTOS FARMACEUTICOS 'LEDERLE'
PRODUCTOS FARMACEUTICOS 'SANDOZ'

Anunciados a la Profesión Médica Únicamente

A amplio espectro de acción extensa gama de preparaciones

QUEMICETINA
(cloramfenicol levógiro)

Capítulo de 0.25 g
Jarabe para uso pediátrico (1 cucharadita = 0.125 g)
Supositorios de 1 g - 0.50 g - 0.25 g - 0.125 g
Ovulas vaginales de 0.50 - 0.25 g
Solución estéril al 1%
Pomada dermatológica al 2%
Pomada oftálmica al 1%
Pomada nasal compuesta
Sarcinato (Nárcosis)

Representante: RAMIRO SOLANO M.
SAN JOSE - TELEFONO: J. 5724 - APARTADO: 324
Distribuye: ITALFA S. R. LIMITADA